

LO VISIBLE Y LO INVISIBLE

Yo soy Pablo, yo Lucía, yo Martina, yo Sergio, yo María.... y yo soy Víctor. Todos somos hermanos.

Nacimos por los pelos, porque la suerte se dio un capricho, o por las mil razones que cada uno dijo o quiso creer. Pero la única y purita verdad es que sobrevivimos en el hospital 12 de Octubre, gracias a los expertos rescatadores de listillos que tienen algo de prisa por nacer. Prematuros nos llamaron.

¡Pero cómo nacimos!

¡Cuarto y mitad de bebé concentrado en unos pocos gramos! Piernas, brazos y dedos tipo fideos finos. Simulacro de uñas que pusimos en "función araña" igualitos a los trazados por las uñas, uñas. Cuatro pelillos hechos desaparecer bajo la magia de chisteras blancas, el giro de cuello a derecha e izquierda y vuelta a empezar para evitar la favorecedora "cabeza pepino" ¡que pelo se va a resistir a caer! Y encima, la manía de los de uniforme pegando y despegando chivatos aquí y allá, dejando nuestra intimidad en cero patatero.

¡Pero sobre todo nacimos frágiles como cristal!

Asique sin presentaciones con doña supervivencia y a la de uno, fuimos de cabeza al gran hermano de neonatos. Nos alojaron en lujosos baúles futuristas que incluían visitas guiadas a nuestro pequeño planeta, salvo que algún virus osado se declarase en pandemia y adiós visitas. Nosotros estábamos en esas. Y aunque todos querían vernos, retratar nanosegundos, cada gesto, cada postura que venía aprendida o nueva, sólo mamá o papá pudieron hacerlo. Y menos mal, así los familiares pudieron saber de nosotros, porque si no, no nos conocía ni el tato. De la fase inicial, nada, había más conexiones que niño. Después, serían horas, días enteros de fotos y videos plasmando la historia de nuestra recién estrenada vida. El encuentro tendría que esperar porque teníamos reserva aún en el hospital por algunos meses.

De poder ir y observar la sala (que no fue nuestro caso) se vería: padres ojerosos hipnotizados delante de un bebé suyo o ajeno, en igual o parecida inopia que los pequeños milagros que miran. Se vería: escuadrones de hormigas blancas, sabias, incansables, vigilantes día y noche cuidando de nosotros, pequeños robots agotados por las complicadas funciones que nuestro cuerpo debía memorizar y repetir y que íbamos logrando poco a poco. Menos una, cómo comer o más bien beber para sumar unos gramos o estirar unos milímetros. Algunos al menos lloraban para pedir el rancho, yo ni eso, pero igualmente me hacían tomar unas gotas.

¿Que para qué las prisas?

Pues para empezar cuanto antes con las dos misiones principales que tiene todo bebé: no dejar dormir a los papás preferiblemente durante la noche y que encima se sientan muy felices pese nuestra atropellada llegada. Lo primero fue inmediato, lo segundo necesitó de alguna que otra lagrimilla o un océano de ellas ¡Vaya susto para papás y familiares!, tan tranquilos que estaban esperándonos y pusimos patas arriba y a examen su resistencia emocional con una única opción, cruzar a ciegas la pancarta de salida de esta carrera no programada. La resistencia física se quedó sin opciones, bueno una sí, parpadear de vez en cuando.

Como yo apenas colaboraba en el consumo del oro blanco de mamá, el sobrante era mucho. Así que mientras yo dormía, practicaba malabares para escapar del nido, o deshacerme del pulsi, mi mamá recolectaba esa leche para dar oportunidad a otros bebés, sin el privilegio de poder ser amantados por sus propias mamás. Se dice donar, y lo hizo mientras estuvimos en el hospital y mucho tiempo después de que yo consiguiera graduarme para irnos a casa.

¿Que por qué lo hizo? Porque conociendo la escasez permanente en el banco de leche, tirarla suponía tirar solidaridad y privar a muchos niños de ser alimentados del modo más parecido a la lactancia materna.

¿Que qué le costó? Nada, Bueno, empleó un cajón del congelador y un poco de su tiempo que a mi yaya le venía fenomenal, porque así me tenía en exclusividad.

¿Que qué obtuvo a cambio de donar? El orgullo de tejer con el mismo hilo invisible que me ató a mí a mamá, la conexión entre ella y aquellos bebés a quienes llegó lo mejor que tenía para dar. Orgullo de ser mamá anónima de hijos anónimos y que yo, tenga hermanos de leche.

Yo soy Pablo, yo Lucía, yo Martina, yo Sergio, yo María.... y yo soy Víctor. Somos hermanos porque mamá nos permitió compartir el mismo regalo. Tal vez si la sangre tira, la leche primera, sea también capaz de hermanar.